

1



Todo iba mal y Morganville estaba en llamas. Al menos, parte de ella.

Claire se encontraba ante las ventanas de la Mansión Glass, observando cómo las llamas teñían los vidrios con una parpadeante luz naranja. Siempre había podido ver las estrellas en Mitad de la Nada, Texas, pero no esa noche. Esa noche había...

—Crees que es el fin del mundo —dijo una voz fría y tranquila a sus espaldas.

Claire pestañeó, saliendo de su trance, y se dio la vuelta. Amelie, la Fundadora y la vampiro más peligrosa de la ciudad, o al menos eso era lo que decían los demás, tenía un aspecto frágil y estaba muy pálida, incluso demasiado para un vampiro. Se había quitado el disfraz que se había puesto para el baile de máscaras de Bishop, lo que no había sido mala idea, ya que le habían hecho un agujero en el pecho con una estaca y se lo había puesto perdido de sangre. Si Claire hubiese necesitado una prueba de que Amelie era dura, sin duda la habría obtenido aquella noche. Estaba claro que sobrevivir a un intento de asesinato te daba puntos.

La vampiro iba vestida de gris: un mullido suéter de ese color y *pantalones*. Claire puso los ojos como platos; a Amelie no le iban los pantalones. Pensaba que no estaban a su altura, o algo así.

Pensándolo bien, Claire tampoco la había visto nunca vestida de gris.

Hablando del fin del mundo.

—Recuerdo los incendios de Chicago —dijo Amelie—. Y de Londres. Y de Roma. El mundo no se acaba, Claire. A la mañana siguiente, los supervivientes inician la reconstrucción. Así se hacen las cosas. O al menos es la forma que tienen los humanos de hacerlas.

Claire no estaba de humor para escuchar palabras de ánimo. Lo único que quería hacer era acurrucarse en su cama, taparse la cara con la almohada y sentir cómo Shane la rodeaba con sus brazos.

Nada de eso iba a ocurrir. En esos momentos su cama estaba ocupada por Miranda, una histérica vidente adolescente con problemas de dependencia, y en cuanto a Shane...

Shane estaba a punto de *irse*.

—¿Por qué? —espetó—. ¿Por qué le envías ahí fuera? Sabes lo que podría ocurrir...

—Sé muchas cosas sobre Shane Collins que tú desconoces —la interrumpió Amelie—. No es ningún niño, y ha tenido que sobrevivir a muchas cosas en su corta vida. Sobrevivirá a esto. Y tiene ganas de hacer algo memorable.

Iba a enviar a Shane a la oscuridad que precede al alba con un grupo de guerreros, tanto vampiros como humanos, para apoderarse de la Unidad Móvil, que sin duda era la última reserva de sangre de todo Morganville a la que se podía tener acceso.

Y eso era lo último que Shane deseaba hacer. Lo último que Claire quería para él.

—Bishop no querrá quedarse con la Unidad Móvil —dijo Claire—. Quiere destruirla. Desde su punto de vista, Morganville está repleta de bancos de sangre andantes. Pero perderla es malo para *ti*, así que tratará de apoderarse de ella. ¿Me equivoco?

La línea severa y delgada que formaba la boca de Amelie dejaba muy claro que no le hacía ni pizca de gracia que alguien predijera los motivos de sus actos.

—Mientras Shane tenga el libro, Bishop no se atreverá a acabar con la Unidad, por miedo a destruir también el tesoro que se encuentra en su interior.

Es decir: Shane era el cebo. Por culpa del *libro*. Claire odiaba aquel maldito libro. Desde el preciso instante en el que tuvo noticias de su existencia solo le había traído problemas. Amelie y Oliver, los dos vampiros más poderosos de la ciudad, habían competido entre ellos para encontrarlo, pero este había caído en manos de Claire. En esos momentos deseaba poder tener el valor de arrebatárselo a Shane, salir corriendo y lanzarlo a la casa en llamas más cercana para librarse de él de una vez por todas. Por lo que ella sabía, nunca le había hecho bien a nadie. Nunca. Incluyendo a Amelie.

—Matará a Shane para conseguirlo —dijo Claire.

Amelie se encogió de hombros.

—Me juego lo que quieras a que matar a Shane es mucho más difícil de lo que parece.

—Sí, juégate lo que quieras. Pero estás apostando por su vida.

Los gélidos ojos grises de Amelie estaban fijos en los de Claire.

—Que te quede clara una cosa: de hecho, apuesto por la vida de todos vosotros. Así que muestra agradecimiento, niña, y estate sobre aviso. Yo podría aceptar la derrota sin problemas. Mi padre me dejaría ir... a mí sola. Derrotada. Me quedo porque es mi obligación para

contigo y aquellos ciudadanos que me son leales. —Entrecerró los ojos—. No hagas que me lo piense mejor.

Claire esperaba no parecer tan rebelde como se sentía. Adoptó lo que se suponía era una expresión de agrado y asintió con la cabeza. Amelie entrecerró los ojos aún más.

—Prepárate. Salimos en diez minutos.

Shane no era el único que tenía que hacer algo desagradable. A todos les habían asignado cometidos que no querían desempeñar. Claire iba a acompañar a Amelie para intentar rescatar a otro vampiro, Myrnin. Y aunque a Claire le caía bien Myrnin y le admiraba en muchos sentidos, no le apetecía especialmente volver a enfrentarse al vampiro que lo mantenía prisionero, el aterrador señor Bishop.

Eve había partido hacia el *Territorio Neutral* con alguien tan espeluznante como el vampiro Oliver, su antiguo jefe. Michael estaba a punto de dirigirse a la universidad junto a Richard Morrell, el hijo del alcalde. Claire no tenía ni idea de cómo se suponía que iba a proteger a unos cuantos miles de estudiantes que no sabían nada de lo que estaba pasando. Durante un momento se maravilló ante el hecho de que los vampiros pudieran bloquear los accesos a la ciudad cuando quisieran. Cabría esperar que mantener a los estudiantes confinados en el campus iba a ser una tarea imposible, ya que podrían llamar a casa, subirse a sus coches y salir por patas.

Pero es que los vampiros controlaban las líneas telefónicas, los teléfonos móviles, internet, la televisión y la radio, y los coches se paraban o se estropeaban a las afueras de la ciudad si los vampiros no deseaban que te marcharas. Solo unos pocos habían conseguido salir de Morganville sin permiso. Shane había sido uno de ellos. Pero después había *regresado*.

Claire seguía sin poder comprender lo que le había llevado a hacer tal cosa, sabiendo lo que le aguardaba.

—Eh —dijo Eve, su compañera de piso. Se detuvo ante ella con las manos cargadas de prendas rojas y negras, lo que indicaba que seguramente procedían de su propio armario, en el que abundaba la ropa gótica y *heavy*. Miró a Claire de arriba abajo. Eve se había puesto lo que en su mundo se consideraba una indumentaria de guerra de lo más práctica: un par de vaqueros ajustados de color negro, una camiseta ceñida del mismo color con un estampado de calaveras rojas y unas pesadas botas de suela gruesa. Y un collar de cuero lleno de pinchos con el que parecía querer desafiar a los vampiros diciendo: *¡Muérdelo!*

—Eg —dijo Claire—. ¿Crees que es el momento adecuado para hacer la colada?

Eve puso los ojos en blanco.

—Muy graciosa. En fin, que algunos de nosotros no queríamos que nos mataran llevando esos disfraces tan ridículos, no sé si me entiendes. ¿Y tú? ¿Preparada para quitarte esa cosa?

Claire bajó la vista para mirarse. Se sorprendió al ver que seguía llevando el estridente y ajustado body de su disfraz de Arlequín.

—Ah, sí. —Exhaló un suspiro—. ¿Hay algo que, ya sabes, no tenga calaveras?

—¿Qué tienen de malo las calaveras? Y por cierto, la respuesta es no. —Eve dejó caer la montaña de ropa en el suelo y empezó a rebuscar en ella. Sacó un par de vaqueros y una camiseta negra sin estampados—. Los vaqueros son tuyos. Perdona, pero es que he cogido ropa de todo el mundo. Espero que os guste la ropa interior que lleváis puesta porque no he registrado vuestros cajones.

—¿Temías ponerte cachonda? —preguntó Shane

asomando la cabeza por encima de su hombro—. Por favor, di que sí. —Cogió unos vaqueros suyos del montón—. Y por favor, no te acerques a mi armario.

Eve le enseñó el dedo corazón.

—Si lo que te preocupa es que encuentre tu material pornográfico, demasiado tarde, tío. Además, tienes un gusto de lo más aburrido. —Cogió una manta del sofá y señaló el rincón con un gesto de la cabeza—. Esta noche no hay intimidad en esta casa. Vamos, improvisaremos un probador.

Los tres se abrieron paso entre los humanos y vampiros que abarrotaban la Mansión Glass. Se había convertido en el centro de operaciones no oficial para los de su bando, lo que significaba que había muchas personas pululando por ahí y husmeando entre sus cosas, personas a las que, en circunstancias normales, jamás habrían dejado atravesar la puerta.

Monica Morrell, por ejemplo. La hija del alcalde se había quitado el disfraz de María Antonieta y volvía a ser la repugnante y guapa rubia con ropa ceñida que Claire conocía y odiaba.

—Oh, Dios mío. —Claire hizo rechinar los dientes—. ¿Lleva puesta mi *blusa*? Era la única buena que tenía. De seda. La había comprado la semana anterior y jamás podría volver a ponérsela—. Recordadme que la queme más tarde. —Monica vio que la estaba observando, se puso a jugar con el cuello de la camisa y esbozó una sonrisa malvada. Movi6 los labios para decir *Gracias*—. Recordadme que la queme *dos veces*. Y que pisotee las cenizas.

Eve agarró a Claire del brazo y la arrastró hasta un rincón vacío de la habitación, donde desplegó la manta y la sostuvo en alto para proporcionarles un refugio provisional.

Claire se desprendió de su sudado disfraz de Arle-

quín con un gemido de alivio y se estremeció al notar el frío aire en su piel. Se sentía incómoda y nerviosa al pensar que estaba en ropa interior y que una manta era lo único que la separaba de una docena de extraños, algunos de los cuales probablemente deseaban hincarle el diente.

Shane se asomó por encima de la manta.

—¿Has terminado?

Ella soltó un chillido y le arrojó el disfraz a la cara, hecho un ovillo. Él lo cogió al vuelo y enarcó las cejas cuando ella se puso los vaqueros y se abrochó rápidamente la camisa.

—¡Ya está! —dijo.

Eve bajó la manta y le dedicó una sonrisa ponzoñosa a Shane.

—Te toca, chico del cuero —dijo—. No te preocupes. No te avergonzaré sin querer.

No, le avergonzaría completamente a propósito y, a juzgar por la mirada malhumorada que le lanzó, Shane lo sabía. Se agachó tras la manta. Claire no era lo suficientemente alta como para echar un vistazo por encima (y no es que no se sintiese tentada de hacerlo), pero cuando Eve empezó a bajar la manta centímetro a centímetro, Claire la agarró de un extremo y volvió a subirla.

—Eres un peñazo —dijo Eve.

—No te metas con él. Ahora no. Va a salir solo.

Eve no dijo nada y su rostro adoptó una expresión tensa. Por primera vez, Claire se dio cuenta de que el brillo de sus ojos no se debía a la comicidad, sino a una especie de pánico muy controlado.

—Sí —dijo—. Lo sé. Es solo que... nos vamos a separar, Claire. Desearía no tener que hacerlo.

Claire la abrazó impulsivamente. Eve olía a polvos de maquillaje y a una especie de intenso perfume floral que no enmascaraba del todo el sudor.

—¡Eh! —El ofendido grito de Shane hizo que las dos soltaran una risita. La manta había descendido lo suficiente como para quedar expuesto justo en el momento en el que se abrochaba la cremallera de los vaqueros. Muy rápidamente—. En serio, chicas, *eso no mola*. Podría hacerme mucho daño.

Volvía a ser el Shane de siempre. Los ajustados pantalones de cuero le habían transformado de manera inquietante en una especie de modelo guapísimo y sexy. Con los vaqueros y su descolorida camiseta de Marilyn Manson volvía a tener un aspecto corriente, el de alguien a quien Claire podía imaginar besando.

Y la verdad es que sí que se lo imaginaba. Como siempre, resultaba tan delicioso que se le aceleraba el corazón.

—Michael también va a salir —dijo Eve, y la tensión que había estado ocultando hasta el momento hizo que le temblara la voz—. Tengo que decirle...

—Adelante —dijo Claire—. Vamos contigo.

Eve dejó caer la manta y se abrió paso entre la multitud en dirección a su novio y el líder no oficial de su extraña y menoscabada fraternidad.

No resultaba difícil localizar a Michael en mitad de cualquier grupo. Era alto y rubio, con el rostro de un ángel. Sonrió en cuanto vio que Eve se acercaba y Claire pensó que quizá era la sonrisa más complicada que había visto nunca: rebosaba alivio, calidez, amor y preocupación.

Eve se abalanzó sobre él con tanta fuerza que a punto estuvo de hacerle caer. Se abrazaron.

Shane cogió a Claire del hombro para que se detuviera.

—Dales un minuto —dijo—. Tienen cosas que decirse. —Ella se volvió para mirarle—. Y nosotros también.

Claire tragó saliva con dificultad y asintió con la ca-

beza. Shane la sujetaba por los hombros y la miraba de forma intensa.

—No salgas —dijo Shane.

Eso era lo que ella había tenido intención de decirle a él. Pestañeó, sorprendida.

—Te has contagiado de mi paranoia —dijo—. Yo iba a decirte que no salieras, pero vas a hacerlo diga lo que diga, ¿no?

Aquello le pilló un poco desprevenido.

—Bueno, sí, claro, pero...

—Pero nada. Yo acompañaré a Amelie. Estaré bien. ¿Y tú? Vas a irte con el elenco de la WWE para luchar en la jaula o algo así. No es lo mismo.

—¿Desde cuándo ves los programas de lucha libre?

—Cállate. Esa no es la cuestión, y lo sabes. Shane, *no salgas*. —Claire puso todo el énfasis posible en esas palabras, pero no fue suficiente.

Shane le atusó el pelo y se agachó para besarla. Fue el beso más dulce y tierno que le había dado nunca, y acabó con la tensión que había agarrotado los músculos de su cuello, hombros y espalda. Era una promesa silenciosa, y cuando por fin dejaron de besarse, él le acarició los labios con el pulgar para sellar dicha promesa.

—Hay algo que tengo que contarte —dijo—. Estaba esperando el momento adecuado.

Se encontraban en una habitación llena de gente, Morganville estaba sumida en el caos, y probablemente no sobrevivirían al amanecer, pero Claire sintió que el corazón se le paraba para después latir con más fuerza. *Va a decirlo.*

Shane se acercó tanto a ella que Claire notó sus labios rozándole la oreja.

—Mi padre vuelve a la ciudad —susurró.

Aquello no era *ni de lejos* lo que había esperado oírle

decir. Claire se echó bruscamente hacia atrás, sobresaltada, y Shane le tapó la boca con la mano.

—No lo hagas —murmuró—. No digas *nada*. No podemos hablar de esto, Claire. Solo quería que lo supieras.

—No podían hablar de ello porque el padre de Shane era el enemigo público número uno más buscado de Morganville, y corrían el riesgo de que cualquier conversación que mantuvieran (al menos allí) llegara a oídos hostiles y no muertos.

Y no es que Claire fuera fan del padre de Shane. Era un hombre cruel y desalmado que había utilizado y maltratado a su hijo y ardía en deseos de verle tras las rejas... pero también sabía que Amelie y Oliver no se conformarían con meterle en la cárcel. Si el padre de Shane regresaba recibiría la pena de muerte. Muerte en la hoguera. Y aunque Claire no iba precisamente a llorar por él, tampoco quería que Shane tuviera que pasar por aquello.

—Ya hablaremos después —dijo.

Shane soltó un bufido.

—O sea, que discutirás conmigo a grito pelado. Créeme, sé lo que vas a decirme. Solo quería que lo supieras, por sí...

—Por si algo le ocurría. Claire pensó en cómo formular la pregunta para no atraer la atención de nadie que pudiera oírles:

—¿Cuándo llegará?

—Seguramente en los próximos días. Pero ya sabes cómo va esto. No me mantiene al corriente. —Shane esbozó una sonrisa un tanto lúgubre y dolorosa. Ya se había enfrentado una vez a su padre por Claire, y eso había significado perder al último familiar vivo que le quedaba. Claire dudaba que su padre hubiera olvidado algo así, ni que fuera a hacerlo en el futuro.

—¿Por qué ahora? —susurró—. Lo último que necesitamos es...

—¿Ayuda?

—Tu padre no ayuda. ¡Él representa el caos!

Shane señaló la ciudad en llamas.

—Echa un vistazo a tu alrededor, Claire. ¿Acaso la situación puede empeorar?

Mucho, pensó ella. En cierto modo, Shane seguía teniendo una visión idealizada de su padre. Hacía tiempo que se había marchado de la ciudad y Claire estaba segura de que Shane se había convencido a sí mismo de que el tipo no era tan malo. Probablemente pensara que regresaba para salvarlos.

Pero eso no iba a pasar. Frank Collins era un fanático al que le iban los coches bomba y no le importaba lo más mínimo quién resultase herido.

Ni siquiera su hijo.

—Limitémonos a... —Se mordió el labio durante un segundo, sin dejar de mirarle—. Limitémonos a pasar este día, ¿vale? Por favor. Ten cuidado. Y llámame.

Shane llevaba el móvil consigo, y se lo mostró a Claire a modo de promesa. Entonces se acercó más a ella, y cuando la rodeó con sus brazos, sintió un alivio tan dulce que hizo que se estremeciera.

—Será mejor que nos preparemos —dijo—. Va a ser un día muy largo.